

que se han congregado cerca de vosotros, oráis por el Concilio Vaticano. ¡Cuán mal os conocen los que os calumnian, los que os llaman pueblo indiferente y poco religioso, los que os acusan de despreciar los favores del cielo, que sobre vosotros se han derramado tan sin tasa! ¡El Señor escuche vuestras oraciones! ¡Únanse las preces del orbe, á las vuestras! ¡Descienda el Divino Espíritu en toda su plenitud sobre los Padres Vaticanos, y renueven sus santas decisiones la faz de la tierra!

CAPÍTULO DÉCIMO.

Cuarta sesión.—Votación.—Alocución Pontificia.

Al fin se dió ya el golpe de muerte al galicanismo. Al fin se ha definido como dogma de fé la infalibilidad pontificia. Ya la constitución *de Ecclesia*, en que esta verdad se declara expresamente, ha sido promulgada en la sesión cuarta del Concilio Vaticano, celebrada el Lunes 18 de Julio, feria segunda después de la sexta dominica de Pentecostés. La importancia de tan grande acontecimiento me obliga á describir desde luego esta solemnísima fiesta.

Estamos en pleno estío. El termómetro sube ya habitualmente á 34 grados, y en estos climas no hay esperanza de que la lluvia venga á moderar el calor de la canícula. Se aguarda, pues, un mal rato para la pobre humanidad de los Obispos, que envueltos en la pesada capa pluvial y cubiertos con la mitra, deberán pasar cuatro y más horas apiñados en el aula conciliar, y derritiéndose bajo la sofocante temperatura que acompaña inevitablemente el paso del sol por el funesto signo de León. En cambio, el espíritu se llenará de gozo tanto mayor, cuanto más intenso será el sufrimiento corporal, y la victoria que vamos á alcanzar, hará de este día una época sin igual en los fastos de la Iglesia. ¡Salud, aurora suspirada del 18 de Julio!

Pero, ¡qué fenómeno acompaña la aparición del alba en este día! Gruesas nubes oscurecen el cielo; y el sol, que en esta estación á las cinco de la mañana ya pasea glorioso su carro en lo alto del firmamento, no quiere todavía mostrar su faz, aunque los relojes de la tierra señalan ya la hora sétima y la octava después de media noche. Uno que otro relámpago brilla de cuando en cuando, y al marchar á San Pedro los

Padres del Concilio y la turba de devotos católicos, frecuentes gotas humedecen el pavimento. ¡Cuánto se parece esta mañana á la del 8 de Diciembre! Pero ahora la lluvia es bien venida, aun para los pobres Obispos que no tienen carruaje; ahora la tempestad se desea, y nos trae una frescura que no podíamos atrevernos á esperar. Poco, pues, tendrá que sufrir el cuerpo. ¡Qué agradable temperatura reina bajo las bóvedas de San Pedro! No pesan á los Obispos las pluviales ni á los demás Prelados las grandes capas que diseñó Miguel Ángel para la córte pontificia; la multitud es grande, pero no aumenta demasiado el calor.

En cambio, no es tan puro ni tan intenso el gozo de nuestros corazones, y una ligera sombra viene á empañar los ojos aun de los que más han suspirado por la definición de la infalibilidad pontificia. En la gran victoria que vamos á obtener, no tomarán parte ¡oh desgracia! todos los jefes del grande ejército de la Iglesia. Los Obispos de la oposición, que esperábamos se rindieran á la inmensa mayoría, persisten aún en su obstinada resistencia. Sábese que se han reunido la noche anterior, y han mandado al Papa una exposición, en que manifiestan á Su Santidad, que no pudiendo votar por la afirmativa, se retiran sin asistir á la sesión. Aunque esta noticia nos consuela, mil pensamientos nos contristan. Multitud de reflexiones de todo género ocupaban al menos mi ánimo, mientras aguardaba fuera del aula al Sumo Pontífice, que no asistió á la misa de Espíritu Santo.

Ésta fué sin canto, para abreviar la larga función. Apenas terminada, penetró el gran Pío IX, rodeado de su séquito acostumbrado, es decir, su noble antecámara, el Vice Camarlengo de la Santa Iglesia Romana, el Príncipe asistente al solio, custodio del Concilio, Monseñor auditor de la Cámara Apostólica y el Senado Romano. El Cardenal de Angelis servía de Presbítero asistente; los Cardenales Grassellini y Mertel asistían á Su Santidad como diáconos; el auditor de Rota español, Monseñor Ávila, llevaba la cruz alta como subdiácono apostólico.

Los Evangelios se colocan sobre el altar; se entonan las letanías; bendice el Padre Santo tres veces al Sacrosanto Sínodo; se acerca el Cardenal diácono Capalti al Pontífice, é implora su bendición antes de cantar el Evangelio. Con voz sonora entona el célebre pasaje del capítulo XII de San Mateo, en que Pedro confiesa valerosamente la divi-

nidad de Jesucristo, y recibe en premio la solemne promesa de que sobre él, roca inamovible, ha de fundarse la Iglesia; que contra esa roca no podrán prevalecer las puertas del infierno; que lo que él atare ó desatare en la tierra será igualmente atado ó desatado en los cielos.

Después del Evangelio entona Pío IX la solemne invocación al Divino Espíritu, contenida en el sin igual himno *Veni Creator*, que prosiguen con voces dulcísimas los capellanes cantores pontificios. Luego, con las ceremonias que en las anteriores sesiones, reciben la bendición Monseñor Fessler, secretario del Concilio, y Monseñor Valenziani, Obispo de Fabriano. Este último sube al ambón, y con la voz clara, sonora, igual y majestuosa que ha hecho que se le elija para esta difícil tarea, lee la Constitución Dogmática primera de *Ecclesia*.

Todos lo siguen en su lectura con sostenida atención, y los que siempre hemos profesado las doctrinas *ultramontanas*; los que nos hemos jactado de acatar y sostener en toda su plenitud la suprema autoridad del Pontífice; los que hemos detestado cuanto huele á Galicanismo, Febronianismo, Josefismo, ó nacionalismo de cualquier color; los que hemos despreciado de corazón á esos pequeños espíritus que, por temor de deprimir la autoridad episcopal, ó por adulación á entidades locales, han querido arrancar al Romano Pontífice las prerrogativas que Jesucristo le diera; los que de tales sentimientos estábamos animados, nos estremecíamos de gozo al oír pronunciar el tremendo anatema contra quienquiera que de aquí en adelante se atreva á decir que el Romano Pontífice no es el Sucesor de San Pedro en el Primado universal; contra todo insensato que osare afirmar que la potestad del mismo Pontífice Romano no es ordinaria é inmediata sobre todas y cada una de las Iglesias, y sobre todos y cada uno de los Pastores y de los fieles; contra todo aquel, en fin, que negare la infalibilidad del Jefe Supremo de la Iglesia en materia de fé y de costumbres, cuando habla *ex-cathedra*, en virtud de su Apostólica suprema autoridad.

La lectura de la constitución termina con la pregunta de reglamento: *Reverendísimos Padres, ¿os placen los cánones y decretos que en esta constitución se contienen?* Sucede á Monseñor Valenziani en el ambón el subsecretario, Monseñor Jacobini. La votación empieza; un silencio profundo reina en el aula y en la inmensa Basílica: entretanto, por fuera cae la lluvia á torrentes y ruge tremebunda la tempestad.

Se empieza con los Cardenales Obispos. *Mattei Marius, Episcopus*

Ostiensis et Veliternus, grita el subsecretario. *Abest*, responde el camarero secreto designado al efecto. No es extraño. El octogenario decano del Sacro Colegio hace años que tiene un pié en el sepulcro, y no puede atender ni á los negocios ordinarios. *Patrizi Constantino*, Obispo de Porto y Santa Rufina prosigue el subsecretario, y *placet*, responde desde su asiento el Cardenal subdecano; y *placet*, responden á su vez los otros cuatro Cardenales Obispos suburbicarios. Siguen los Cardenales presbíteros. Todos responden *placet*; pero al pronunciarse los nombres de Schwarzenberg, Arzobispo de Praga, de Matthieu, Arzobispo de Besanzón, y Rauscher, Arzobispo de Viena, en lugar de la voz de los Purpurados se escucha la del oficial del Concilio que grita con énfasis: *abest*. . . ¡Luego es cierto! No han venido los de la oposición.

Hohenlohe Gustavus, sigue diciendo el subsecretario, y también á este nombre responde el sonoro *abest* del camarero pontificio. ¡También él! ¡También el Cardenal Hohenlohe de la oposición, el favorecido de Pío IX, introducido muy temprano en su familia, nombrado muy joven su Limosnero mayor, y sublimado á los cuarenta y cuatro años al cardenalato! Ha podido más en él su parentesco con el ministro de Baviera que las doctrinas que le enseñaron en las aulas romanas. Un murmullo de extrañeza resuena en derredor al oír que se ha ausentado.—Todos los demás Cardenales están presentes, y los votos del Sacro Colegio son sin excepción afirmativos.

De los Patriarcas, dos no han asistido; de los Primados, el de Hungría y el de las Galias (Monseñor Ginouilhac, Arzobispo de Lyon), se hallan ausentes. Sigue llamándose á los Arzobispos y Obispos por su orden, y en vez del *placet* que todos los presentes pronuncian, se oye resonar *abest* al llamarse á los Prelados de Tuam, Saint Louis (Monseñor Kenrick), Olmuz, Munich, Bamberg, Halifax, París, Colocza, Colonia, Melitene (¡Monseñor De Mérode, el antiguo Ministro y actual Limosnero mayor del Papa!) Metz, Evreux, Trieste, Orleans, (Monseñor Dupanloup), Maguncia, Bosnia y Sirmio (Monseñor Strossmayer), Beauvais, Breslau, Clifton y algunos otros. Al llamarse á Monseñor Landriot, Arzobispo de Rheims, uno de los más declarados pero nobles opositoristas, *placet*, grita el digno Prelado, y *placet* repite con voz de trueno el oficial del Concilio. Un murmullo general de aprobación acoge el voto afirmativo del Arzobispo francés. ¡Bien haya mil veces el ortodoxo Pastor! ¿Quién se atreverá á levantar la voz

contra una oposición de este género? De opinión contraria á la inmensa mayoría, sostuvo sus ideas por conciencia, siempre en el terreno legal, siempre con el decoro que á un Obispo conviene. Llegó el momento decisivo, y no ha vacilado en rendirse al parecer de la casi totalidad de sus colegas. No se ha contentado con asentir, después de promulgado, al solemne decreto proferido por el Concilio Vaticano, sino que él mismo ha contribuido á su promulgación, él mismo ha votado contra una opinión que hace poco sostenía con ardor. ¡Oh! Si los demás opositores lo hubieran imitado.

Después de otros muchos *placet* y algunos *abest*, se profiere el nombre del Obispo de Cajazzo, *Cajacensis*, en el reino de Nápoles. *Non placet*, responde impertérrito el napolitano, *non placet* repiten en diversos ángulos los oficiales del Concilio, y todos se preguntan sobrecogidos de estupor: ¿Quién es él? El Obispo de Cajazzo nunca ha hablado, no se ha distinguido, pocos lo conocen. ¡Se necesita en verdad atrevimiento para dar un sufragio contrario al sentir de casi todos los Obispos del orbe, y esto cuando los más doctos y célebres de la minoría, más bien que manifestar públicamente su oposición, han preferido ausentarse!

Sigue la votación, y siguen los *placet*. El pobre Obispo de Barcelona, casi moribundo, se ha arrastrado al aula conciliar, para que no se crea que su ausencia es por oposición. ¡Dios tenga en su gloria al santo Prelado! Este acto sublime de fé ortodoxa le aceleró la muerte, y acaba de espirar en Frascati, pobre como casi todos los Obispos españoles en la actualidad.

Entre los ausentes por oposición noté en seguida al Obispo de Pitsburgo (Estados Unidos), español de nación, pero no en opinión ni en obispado; al de Sura (el tristemente célebre Maret), á los de Saint Briec, Tréveris, Coutances, Marsella, Nancy, Constantina, Orán, Casow, Gran Varadin, Cinco Iglesias, Rottemburgo (el célebre Héfélé), y el recién nombrado Obispo de Ajaccio, Monseñor Cuttoli, antiguo secretario del Arzobispo de París. Antes de llegar á los Abades y Generales de órdenes, se detuvo un momento el subsecretario; pronunció el nombre de otro Obispo, y un segundo *non placet* respondió al llamamiento.

¿Quién es él? preguntan todos de nuevo, y «*Episcopus Petricolensis*» se susurra en todos los ángulos del aula. El Obispo de Little-Rock,

en los Estados Unidos, asistió á la reunión; pero temiendo ser el único en votar negativamente, suplicó se omitiera su nombre. Así se hizo; mas habiendo cobrado valor con el ejemplo del Obispo de Cajazzo, rogó de nuevo se leyera su nombre antes de terminarse la lista, y tuvo la triste satisfacción de pronunciar un *non placet*, que repetirán los siglos venideros, no bendiciendo por cierto á quien lo profirió, pero sí adorando los designios de la Providencia, visiblemente manifestados en los dos votos negativos de la Cuarta Sesión.

En efecto, ellos han demostrado la plenísima libertad de que gozan y han gozado los Padres Vaticanos. En presencia del Padre Santo, en medio de la Augusta Asamblea y el innumerable concurso de Pueblo, nadie impedía al napolitano y al pastor de los Estados Unidos el votar en contra del sentido universal; nadie les molestó después de su extraordinario proceder. ¡Clamen ahora los impíos que no hay libertad en el Concilio! ¡Quéjense, si pueden, los que nunca se hallan contentos!

Con el *placet* del digno religioso español Padre Martín, general de los Trinitarios, terminó la votación. El número de Padres presentes ascendía á 535. Recogidos los sufragios, sumados y presentados al Padre Santo, éste sancionó los Decretos y Cánones pronunciando la solemne fórmula: «*Los Decretos y Cánones que se contienen en la Constitución que acaba de leerse han placido á casi todos los Padres, con excepción de dos, y Nós, con la aprobación del Sacro Concilio, definimos unos y otros tales como han sido leídos, y los confirmamos con Nuestra Apostólica Autoridad.*» Al escuchar la tan suspirada definición, no pudieron contenerse los Padres del Concilio, y así en el aula como en las galerías de los teólogos resonaron entusiastas y prolongados aplausos. La multitud apiñada en la Basílica se unió al entusiasmo del Concilio, y entre sus gritos se distinguía: «*Credo, Credo, Credo,*» que se profería por todos lados. ¡Acto de fé verdaderamente conmovedor! Entretanto, un relámpago brillaba á través de las ventanas del aula, y el trueno retumbaba entre las aclamaciones.

Cuando cesó algo el estrépito, el Padre Santo, con una majestad indescribible, empezó á dirigir la palabra á la Augusta Asamblea. Aunque arrodillado á las gradas del trono, me fué imposible recoger, y menos retener en la memoria, las palabras del Pontífice. El eco de los aplausos, que aún no cesaban del todo y la conmoción inevitable después de una escena tan grandiosa, me quitaban la necesaria atención. Afortunada-

mente el Diario Oficial de Roma nos dió ese mismo día la hermosa alocución de Pío IX, y puedo traducirla aquí al pié de la letra: «Esta suma autoridad del Romano Pontífice, Venerables Hermanos, no oprime, sino que socorre, no destruye sino que edifica, y muchas veces confirma en dignidad, une en caridad y afirma y defiende los derechos de los Hermanos, es decir, de los Obispos. Y por tanto, aquellos que ahora juzgan en conmoción, sepan que el Señor no está en conmoción. No olviden que hace pocos años, los que han tenido parecer opuesto, abundaron en Nuestro sentimiento y en el de la mayor parte de esta numerosísima Asamblea; pero entonces juzgaron en espíritu de suave oído. ¿Pueden, por ventura, existir dos opuestas sentencias juzgando en un mismo juicio? Nunca. Ilumine, pues, Dios sus sentidos y corazón, y pues que él mismo solo obra grandes maravillas, ilumine sentidos y corazón, para que todos puedan acercarse al seno de Pedro, del indigno Vicario, en la tierra, de Cristo Jesús que los quiere, los ama y desea ser uno con ellos. Así podremos pelear juntamente en vínculo de caridad las batallas del Señor, para que no sólo no rían nuestros enemigos, sino que teman más y más, y cedan alguna vez las armas de la malicia en presencia de la verdad, de modo que todos puedan decir con San Agustín: *Me llamaste á tu luz admirable, y hé ahí que veo.*»

Las demás ceremonias no variaron de las que he descrito al hablar de las anteriores sesiones. El *Te Deum* fué magnífico. Padres del Concilio, espectadores en las galerías, pueblo en la Basílica, todos, todos con entusiasmo sin igual y vivísima fé daban gracias al Señor por la definición de la importante verdad.

Inútil es decir que entre los *placet* se escucharon los de nuestros tres Arzobispos mexicanos y los de los seis Obispos actualmente en Roma.

En la noche muchas casas se iluminaron en señal de regocijo, mientras la estación del camino de hierro se llenaba de Obispos que partían á descansar algunas semanas, después de tantas y tan rudas fatigas.